



‘NAM GENERATION. VETERANOS DE VIETNAM: JUVENTUD, DESIGUALDAD SOCIAL Y CULTURA DE LA DESMOVILIZACIÓN EN ESTADOS UNIDOS

*‘Nam Generation. Vietnam Veterans: Youth, Social Inequality
and Demovilization Culture in the United States*

Albert Soler Ruda

albertsolerruda1@hotmail.com

Universidad Autónoma de Barcelona. España

Fecha de recepción: 01/05/2017

Fecha de aceptación: 16/09/2017

RESUMEN: Este artículo gira en torno a la idea de la construcción de la subcultura del ex combatiente de guerra, tomando como ejemplo el caso de los soldados y veteranos de Vietnam, partiendo de la idea de que es una cultura generada por el marco contextual de la desigualdad social y la explosión cultural de los años 60. La guerra de Vietnam es conocida como la guerra impopular por excelencia, una guerra de contrainsurgencia desmoralizadora luchada por reclutas adolescentes de clase trabajadora y minorías, que originó visibles cicatrices psicológicas entre la tropa a la vez que generaría una increíble oleada de resistencia de clase obrera, motines y descenso de la disciplina en el ejército.

Palabras clave: Guerra de Vietnam; Veteranos; Reinserción social; Clase trabajadora; Administración de Veteranos.

ABSTRACT: This paper turns around the construction of the war veteran culture, taking the example of the Vietnam War soldiers and veterans, based on the idea that this is a product of the social inequality and cultural context of the 60's. The Vietnam War is known as the unpopular war par excellence, a demoralizing counter-insurgency war fought by drafted teenagers of working class and minorities that originated very visible physiological scars between the troops, and at the same time, generated an incredible wave of working-class resistance, mutiny and indiscipline inside the army.

Keywords: Vietnam War; Veterans; Social reinsertion; Working-class; Veterans Administration.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. El roble y la margarita: el nuevo mundo juvenil. 3. La máquina verde: el Ejército como catalizador de desigualdad social juvenil. 4. La guerra y dinámicas de resistencia de clase. 5. El «ciudadano-soldado» de clase obrera: el nuevo activismo de veteranos. 6. «The say cut back, vets say fight back»: la lucha de los veteranos por políticas sociales. 7. Conclusiones. 8. GI Press. 9. Audiovisuales. 10. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

Vietnam no solo sería el símbolo del fracaso de la política internacional, la desconfianza y la desmoralización de los valores políticos de la clase media estadounidense. Fue foco y centro de toda una generación juvenil, la mayor nunca vista antes en la historia. Toda una generación de 53 millones de adolescentes solo en Estados Unidos, que acapararían todos los ámbitos de la sociedad y traerían al frente todo un bagaje de cultura *underground* surgida de la tolerancia y la estabilidad de la posguerra, lo que el historiador Theodore Roszak teorizaría como contracultura juvenil, tan difícil de asimilar como «injetar un roble en una margarita» (2005, p. 56). Pero también fue el representante y catalizador del grave y arraigado problema social y racial de la sociedad estadounidense tanto antes, como durante y después de la guerra.

Partiendo de esta última observación, el objetivo de este artículo trata de analizar el impacto de la intervención estadounidense en Vietnam en base a ese marco de desigualdad social nacional, en como más allá de los factores políticos y culturales, fueron los elementos y condicionantes sociales de sus jóvenes combatientes, representados en su reclutamiento, sus dinámicas y finalmente su reinserción social, los que no solo darían un significado al desarrollo y auge de la impopularidad de la guerra, sino que serían la representación culminante de la intrínsecas diferencias sociales estadounidenses. A su vez, como parte de una generación y una subcultura, serían los combatientes y veteranos, junto con su inestable y difícil reinserción social tras la guerra, los que acabarían acaparando el bagaje simbólico de la desigualdad en la posguerra y años posteriores, en un contexto de crisis generalizada, que acabaría conformando así una construcción de una comunidad en base a las contradicciones de desigualdad social y las consecuencias de la experiencia bélica.

2. EL ROBLE Y LA MARGARITA: EL NUEVO MUNDO JUVENIL

Antes de todo, se hace imprescindible hacer un breve repaso de la atmósfera en términos sociales, culturales y políticos que se dibuja en los Estados Unidos de principios de los sesenta, básicamente desde un panorama que gira alrededor de la gran masa juvenil de la década de donde surgen los sujetos de análisis.

Los años sesenta encumbraron a unos Estados Unidos como el máximo representante y defensor del mundo occidental, adalid del liberalismo democrático vencedor de la guerra. En un intento por consolidar el estado del bienestar, Kennedy y sus hombres, emulando al Camelot artúrico, exhorta a la sociedad a defender ese modelo, y tras él, Johnson retomaría su proyecto, la «Gran Sociedad», acabar con la desigualdad social, superar las barreras raciales, consolidar el modelo norteamericano. Con la *GI Bill* la educación se extendía hasta límites de la sociedad nunca vistos, permitiendo estabilidad y la consolidación de la familia nuclear democrática, y junto a ello explosión de natalidad que proporcionará a la década de los sesenta cerca de unos treinta millones de chicos y chicas, la *Baby boom generation*. Ahora, en una sociedad donde el 50% de la población son adolescentes y jóvenes, estos se tornarían los protagonistas de la década. Se crean mercados únicos para niños, se desarrolla la psicología y se consolida la pedagogía y nace respeto al niño como individuo (Spann, 2003, p.11). A nivel cultural, en respuesta al mccarthismo, el conservadurismo y la represión social y sexual de los 50, los autores *beat* como Kerouack y Ginsberg traerían a la vanguardia las experiencias como fin en sí mismos, el rechazo a las convenciones y el consumismo, las experiencias sensoriales a través de las drogas y el éxtasis de la música jazz negra y la liberación sexual desbocada que darían un buen espacio para el futuro individuo adolescente. Nace y se populariza el *rock 'n roll* y poco después *el pop rock*, que con letras veladas y gestos calificados de obscenos canaliza los impulsos sexuales de los jóvenes para aberración de adultos. Huxley, Kesey y Leary predicán nuevos caminos con sus experiencias ultra sensoriales a través de una nueva sustancia traída al mundo por los trabajos de Albert Hoffman, el LSD. De forma progresiva, barrios como el Greenwich Village de Nueva York y el Haigh Ashbury de San Francisco acogerían a masas de transgresores e irreverentes jovencitos al paraguas de festivales, teatro callejero, el folk rock, las comunas y los «human-be-in», naciendo el movimiento hippie. Ahora la juventud, entendida casi en concepto de clase, representa el ideal contestatario, una respuesta a las contradicciones de los valores morales de la sociedad parental adulta.

Paralelamente la lucha por la igualdad racial y los derechos civiles toma su auge con el doctor King, y eso atrae a miles de chicos y chicas universitarios a Alabama y Mississippi en el «Verano de la libertad» de 1964 en solidaridad con el SNCC. Poco antes, en Berkeley, Mario Savio defendería la libertad de expresión, y las experiencias de ese activismo traería la *Students Democratic Society* y la nueva ola de la Nueva Izquierda que colapsaría las calles de Chicago en 1968. Es la época de *underground*, lo transgresor. Nace así la contracultura que definirá la actitud de la época, en un mundo ahora protagonizado por la juventud. El hombre llega a la luna, y ese mismo año Woodstock acoge a miles de chicos declarándose representantes de ese nuevo mundo.

3. LA MÁQUINA VERDE: EL EJÉRCITO COMO CATALIZADOR DE DESIGUALDAD SOCIAL JUVENIL

La realidad distaba bastante lejos, pero, de ese mundo idílico de jóvenes. Si la lucha por la igualdad de derechos afroamericanos ya lo demostraba, será precisamente la Guerra de Vietnam y su política de reclutamiento y desmovilización la que traerá definitivamente a primer plano la desigualdad latente en Estados Unidos. Porque estos también serían la *'Nam Generation*, la Generación de Vietnam. No todos luchan en la guerra, pero la guerra llega a ellos de muchos modos distintos dentro de la sociedad estadounidense, resaltando así una deficiente balanza en lo que igualdad, condiciones y derechos se refiere.

Según los datos recopilados por el trabajo conjunto de Baskir y Strauss, de una población adolescente masculina de 26,8 millones, 8.615.000 sirvieron en el ejército durante el periodo comprendido entre 1964 y 1973, de los cuales, 2,3 millones serían destacados en Vietnam y a su vez, de estos unos 1,6 millones combatirían en primera línea (1978, p. 5). La clave no es analizar el número de soldados que lucharon en Vietnam, sino quiénes son los que luchan, algo realmente interesante si se tiene en cuenta que solo 1/3 fueron voluntarios, mientras el resto fueron reclutas de leva obligatoria. Ser conscripto no era ninguna novedad. La cuestión es que de esos 2/3 de conscriptos, el 80% son chicos originarios de clases trabajadoras, pobres y minorías étnicas (Appy, 1993, p. 63). No sería hasta 1965, con el inicio de la escalada oficial en el sureste asiático, cuando se percibiera el servicio militar como elemento de desigualdad en la sociedad norteamericana. Todo se debía a la estructura del sistema de reclutamiento planteado dentro del contexto de la Guerra Fría, construido sobre una «sistema de política social darwinista» (Baskir y Strauss, 1978, p. 4). Su arquitecto, el general Lewis Hershey, director del Servicio Selectivo del Ejército entre 1944 y 1968, había previsto que las necesidades militares respecto a la sociedad se construirían progresivamente alrededor de gente especializada con formación técnica y científica, no en tropa común, ante la idea de una progresiva tecnificación de la guerra. Por lo tanto, estudiantes universitarios de clase media dispondrían de fácil acceso a prórrogas que los eximían del servicio. Aun así, los test de coeficiente del Ejército eximían a aquellos que obtenían una puntuación de tipo IV, es decir, de 85 puntos o menos, algo habitual en zonas pobres e industriales, guetos y pueblos del medio oeste donde el sistema educación carecía de desarrollo. Parecía que la realidad de la explosión de la educación superior no era un sueño accesible para todos, donde entre el 62,5 y el 55,4% de los adolescentes estadounidenses tenían descartado el acceso a la universidad por falta de medios, a la vez que un 19% siquiera acabaron el instituto. Pero el servicio militar no solo servía para reflejar la desigualdad del sistema educativo estadounidense. El hecho de que fueran rechazados 3,5 millones de adolescentes por problemas físicos revelaba la deficiencia o escasez

de acceso a servicios médicos y una nutrición adecuada (Appy, 1993, pp. 31-32). Sin embargo, si eso podía haber servido de alguna ayuda para evadir los dos años de servicio militar para millones de jóvenes, a partir de 1965 dejaría de ser así. Pronto, la escala de rechazados se redujo del 50 al 34% en miembros de clase obrera. Mientras, chicos de clases medias y altas cursando estudios universitarios podían solicitar prórrogas y alargarlas sucesivamente hasta cumplir los 26 y quedar excluidos de las mesas de reclutamiento. En el caso de que eso no sirviera o no fueran universitarios, estos siempre podían obtener certificados médicos falsos que los eximían del Ejército, pagar sobornos a las mesas de reclutamiento de hasta 1000 dólares, simular enfermedades, recibir asesoramiento en la universidad para obtener el estatus de Objeción de Conciencia o entrar en la Guardia Nacional, fuerza compuesta en el 71% por miembros de clase media huyendo de la guerra y que solo sería desplegada en una ocasión en Vietnam (Baskir y Strauss, 1978, p. 51).

A un adolescente de clase trabajadora no le quedan más opciones. El mundo laboral para este sector juvenil es más que turbio, una profunda crisis en el sector de 18-25 años provocada por el contexto de movilización bélica. El paro ascendía a un 12,5% para la clase obrera juvenil blanca, y mucho peor fue para minorías étnicas con un 27%. A esto se incluye la desigual descomposición de las mesas de reclutamiento, formadas en su gran mayoría por vecinos de clase media blanca, mientras solo un 7% y un 1,3% eran representantes de clase trabajadora y minorías raciales respectivamente. El resultado sería una desigual proporción de tropa de combate: un 80% de chicos de clase trabajadora, dentro de los cuales un 13% venían de contextos familiares pobres y desestructurados (Appy, 1993, p. 23).

Más interesante se hace aún observar esta balanza descompensada en los sectores afroamericanos, chicanos y otras minorías. Fue más común que la población afroamericana se alistara voluntaria en los cuerpos más expuestos al combate como los Marines o la Aerotransportada, y que, tras el año de servicio, casi el 50% volviera a reengancharse para otro período por la seguridad de sueldo, la posibilidad de incrementos y el acceso a las ayudas y beneficios de la *GI Bill* (Westheider, 2008, p. 9). La retórica era que, si bien luchaban por un país, debían de ser tratados como ciudadano de tal. Sin embargo, la segregación y el racismo formaba parte íntegra del sistema político y social estadounidense, y cuando 1968 y la impactante Ofensiva del Tet demostraran el fracaso de la política exterior de Estados Unidos, llevando a que los reclutamientos voluntarios de minorías comenzaran a menguar, la administración Johnson lanzaría camuflada bajo su política de «Gran Sociedad» el Proyecto 100.000. La trampa estaba en que, en vez de dar formación técnica para 100.000 jóvenes de áreas empobrecidas a través de las academias militares como se había anunciado, se reclutaron a 260.000 chicos, en su inmensa mayoría afroamericanos de guetos urbanos, de los cuales el 40% iría a Vietnam como tropa de combate. Solo un 6% recibiría esa formación técnica (Appy, 1993, p. 33).

Tras esto, se hace necesario repasar a su vez cómo se desarrolla una guerra como la de Vietnam. En una guerra de contrainsurgencia sin frentes ni objetivos, la percepción de un soldado en el campo de batalla es de simple carne de cañón. El soldado estadounidense desconoce el contexto político y cultural de Vietnam del Sur y no ha recibido un entrenamiento militar para guerra de contrainsurgencia. Ser recluta en Vietnam representaba someterse a operaciones de «Search and destroy» en las que un soldado estaba en misión una media 30 días, sirviendo de cebo para atraer al enemigo oculto a campo abierto y acabar con él mediante potencia de fuego aéreo.

Estados Unidos no pensó, pero, en que la potencia y la técnica del armamento moderno, junto con la abundancia de recursos, no dan la clave de la victoria en una guerra de ese tipo, con un enemigo que cuenta con un apoyo popular del 75%, una alta determinación, moral y sobre todo un máximo conocimiento del terreno que le permite establecer los términos del conflicto.

4. LA GUERRA Y DINÁMICAS DE RESISTENCIA DE CLASE

La experiencia en combate, junto con el racismo y el contacto con la contracultura, llevará a que la tropa de combate desarrolle sus propias estrategias y símbolos de resistencia de clase. Con esto observamos que es Vietnam y el contexto social de Estados Unidos lo que hace surgir una nueva contradicción dentro de la contracultura. Como Hebdidge y otros definieron en sus estudios sobre las subculturas, los jóvenes no reaccionan solo ante los valores conversadores paternos, también lo hacen ante las diferencias de derechos, oportunidades y condiciones de vida, representados en este caso por el servicio y la guerra. Así es como Vietnam y la contracultura acaban provocando una reacción que llevará a la construcción de la subcultura de los combatientes y veteranos de Vietnam.

Es obvio que la dinámica diferiría entre la tropa destinada en Vietnam y la que permanecía en bases en el continente o aún no se había movilizado. Mientras en las grandes bases del Ejército y la Marina de Estados se organizaba un movimiento de carácter interracial de clase obrera siguiendo la estela de la *New Left*, con un ideario radical y antiautoritario contra el *establishment* militar, en Vietnam tenía lugar lo que el reportero de guerra australiano John Pilger bautizó «el motín silencioso más grande de la historia de Estados Unidos». Y aunque silencioso para la gente corriente de fuera, no fue precisamente una revuelta calmada ni ausente de violencia. Pilger mostraría que el soldado medio estaba cansado deprimido, frustrado y rebelde: «Los soldados de 1970 son diferentes a los de antes. Son soldados que luchan una guerra que no quieren combatir [...] El mundo ha cambiado, porque estos soldados, estos “grunts” no admiten tonterías

[...] Los “grunts” no combaten a los “gooks”, combaten al Ejército de los Estados Unidos». En las imágenes se ven a unos imberbes soldados, luciendo pelo largo, fumando marihuana, portando símbolos pacifistas y rehuyendo abiertamente el combate cuando un oficial les obliga a ello. Soldados blancos y negros hablan ante la cámara: «No tengo nada contra esa gente, no quiero dispararles» «La gente puede elegir vivir en guerra o vivir en paz, y así es como he decidido vivir yo, en paz» (Pilger, Denton, 1970, ITV).

Ese mismo año otro periodista, el corresponsal de la CBS John Laurence, recogería las mismas evidencias siguiendo a un pelotón de infantería de combate de la 1.ª División de Caballería que se adentraba en misión en la frontera de Camboya en su film documental *The world of charlie Company*, donde los soldados, liderados por su sargento, se niegan a servir a las órdenes de su teniente cuando les manda atacar un puesto del NVA. (Laurence, 1970, CBS). Es aquí, en los campos de batalla de Vietnam y en las bases militares de la retaguardia, donde experiencia, clase y contracultura empiezan a configurar la subcultura del veterano de guerra. Como se mencionó, estos adoptan símbolos y patronos propios de la contracultura juvenil, pues como miembros generacionales del *Baby boom* no son impermeables a esta. Aquí tiene lugar el gran enfrentamiento ideológico para la tropa y su adopción de símbolos culturales: el antimilitarismo frente al antibelicismo. Mientras la subcultura juvenil universitaria es ambas, la de los combatientes es solo antibelicista. No es antimilitar, sino antimilitarista. Pueden creer en el motivo pacifista y asociarse a ello, pero la tradición de clase obrera del servicio militar y el ideal democrático del «soldado-ciudadano», tan presente en la historia estadounidense, supone una contradicción difícil de salvar para una tropa que se siente explotada por su gobierno y abandonada por su sociedad. Es de entender que soldados como los que aparecen en el film de Laurence hablen a la cámara oponiéndose a la guerra, portando un medallón pacifista, pero muestren rechazo hacia sus congéneres *baby boomers* que se manifiestan en las calles: «Lo primero que haré al llegar a casa será pillar a uno de esos hijos de puta que lleve una bandera del NVA» (Laurence, 1970, CBS)

Pero un factor no anula al otro. Como Laurence afirma: «Es la generación Woodstock la que viene a Vietnam» (Laurence, 1970). Por eso no debería extrañar que, en otro reportaje del mismo corresponsal grabado dos años antes en la base de Khe Sanh, se muestre a unos cansados marines fuera de la trinchera, tocando la guitarra y cantando a coro un himno pacifista como podría ser «Where have all the flowers gone» (Laurence, 1968). Aquí se produce una muestra de la frustración causada por la desigualdad de clase en Estados Unidos. Unos protestan contra la guerra gozando de los recursos que les permitieron evadirla, mientras los que no pudieron huir y se ven inmersos en ella no entienden el rechazo de sus compañeros. Obsérvese sino otro ejemplo con el testimonio de Ron Kovic, combatiente y posterior veterano activista de *Vietnam Veterans Against the War*:

Estaba en Vietnam cuando escuché por primera vez que en los Estados Unidos miles de personas desfilaron por las calles protestando contra la guerra. Al principio no me lo podía creer: qué clase de gente puede protestar contra nosotros, que estábamos exponiendo nuestras vidas en el frente, en favor de nuestro país [...] Juramos que nos la pagarían, esos hippies y desertores. Nos la pagarían si caían en nuestras manos. (Kovic, 1990; pp. 115-116).

Las minorías raciales afroamericana y chicana desarrollarán sus propias respuestas en base a sus nacionalismos étnicos, que tendrán un papel crucial entre la tropa en Vietnam, donde el racismo institucional sigue presente en una guerra con una política de militar racista. *Gook*, apelativo despectivo con el que se refieren a los vietnamitas, acaba siendo asumido por esta tropa como un sinónimo de *nigger* o *beanbaggs*, con los que la oficialidad abiertamente racista denigra a sus propios reclutas. A la vez, era difícil de ignorar cómo estos soldados sufrían unas bajas de combate que superaban proporcionalmente su tanto por ciento representativo, percibiéndose a sí mismos como una víctima más de la represión contra la lucha de los derechos civiles. Por eso fueron los proclives a adoptar elementos y discursos de esos nacionalismos étnicos radicales como el *Black Power*, el *Black Panther Party* de Seale y Newton, la *Nation of Islam* de Elijah Muhammad y Malcom X, el nuevo movimiento sociocultural de la Raza, los militarizados *Brown Berets* o la *Union Farm Workers* de Cesar Chavez.

Así los soldados afroamericanos en Vietnam adoptaron elementos de afirmación cultural y oposición al racismo, al autoritarismo militar y a la clase capitalista gobernante (Westheider, 2008, p. 64). Elementos como el *Dap*, el saludo empleado por el movimiento *Black Power*; el uso de brazaletes negros, banderas, eslóganes en suajili, la música soul o el empleo de términos como «bloods», «brother» o «soul brother» se tornan un elemento característico. Su cifra de realistamientos del 66%, la más alta entre la población estadounidense, se redujo al 13% en 1970; a la vez que la desertión entre tropa afroamericana subía al 20%, llegando a crear un barrio propio en Saigón con más de un centenar de desertores afroamericanos, el «Soul Alley» (Westheider, 2008, p. 75). Lo mismo sucede en el sector de la tropa estadounidense de origen mexicano o puertorriqueño. El que se conoció como movimiento chicano culminó en 1969 cambió de raíz toda la tradición de activismo mexicano-americano, surgiendo una movilización de clase que se identificaba con las tradiciones, la cultura y pasado mexicano. Al estilo de los Panteras Negras, algunos sectores proclives al uso de la violencia crearían los *Brown Berets*, bajo lemas como «no somos hippies, somos luchadores», remarcando su separación de la oleada *underground* (Oropeza, 2005, p. 134). En su primera gran acción, la moratoria del 20 de diciembre de 1969, encabezada por los propios *Brown Berets*, se pudo observar cómo ese nuevo movimiento chicano con el eslogan de «Raza sí, guerra no» era un movimiento unitario e independiente, donde se juntaron grupos radicales y

partidarios de la acción junto a grupos estudiantiles, gente de clase trabajadora y miembros de clase media universitaria, pacifistas como los sindicalistas de Cesar Chavez y los agricultores californianos de la *Union Farm Workers*, y del emergente feminismo chicano. El nacionalismo chicano culminaría en agosto de 1970, con una nueva marcha moratoria en Los Ángeles, con algunas movilizaciones en Nueva York, Texas, Illinois, Colorado o Arizona. Reuniendo entre 20.000-30.000 personas, esa marcha de la «Raza Unida» no solo reuniría a estudiantes, sindicalistas, trabajadores del campo y radicales (Oropeza, 2005, p. 147), entre ellos también había veteranos de guerra. Como los afroamericanos, los chicos de origen hispano surgían en las estadísticas como los que sufrían más bajas en desproporción a su número, llenando los puestos de las unidades más expuestas al combate. Pero con Vietnam, el antiguo valor de la masculinidad característico de la comunidad chicana asociado al servicio militar empezaba a disiparse. Ahora el héroe de guerra, el «soldado raso», era aquel que lucha por los derechos de su comunidad, no contra los vietnamitas (Oropeza, 2005, pp. 150-151).

Por tanto, la guerra y el contexto de desigualdad de clase y segregación racial en el marco estadounidense demarcarán unas respuestas concretas que definirán cómo será esa subcultura del combatiente. En esencia, podríamos distinguir cuatro: la resistencia pasiva, la activa, la prensa *underground* y el asociacionismo. Cuatro dinámicas que recogerán símbolos cosechados por la contracultura y la *New Left*, pero con una nueva lectura para resolver la contradicción específica de la guerra y la desigualdad de clase.

Se observó anteriormente con la descripción del film de Pilger y los reportajes de Laurence la estrategia de rehuir el combate. Pero esta no sería la única herramienta de resistencia pasiva que la tropa desarrollaría en Vietnam. Antes que nada, hay que tener en cuenta dos factores esenciales que se suceden en el interior del colectivo de tropa en Vietnam. Primero, la dicotomía entre tropa de combate y oficialidad, una relación hostil que se traduce en términos de clase y antiautoritarismo, reflejado en dos términos del variado *slang* propio de la tropa: *Grunts*, término que hace referencia al soldado de infantería, de origen humilde, descontento y desmoralizado; y el *Lifer*, el teniente vividor, el oficial salido de la academia militar, con ansias de ascenso y alejados de la primera línea. Esta dicotomía también está presente en la retaguardia, una relación hostil entre la tropa de infantería y los *remington riders* o *office pogues*, los privilegiados destinados a intendencia, mantenimiento y oficina del Ejército. Segundo, el factor racial. Mientras en primera línea la camaradería de combate y la necesidad de supervivencia rompe barreras raciales, en retaguardia la tensión racial se hace más que palpable, en especial una hostilidad por parte de la oficialidad tradicional y la justicia militar frente a las minorías raciales.

Los rituales de resistencia pasiva pasaban también por el enfrentamiento contra esta autoridad a través de símbolos: el pelo largo, la decoración de los uniformes, los lemas escritos en los cascos, los símbolos pacifistas y los saludos con el puño o

la V de victoria eran algo comúnmente extendido e implicaban una violación de los códigos de conducta y disciplina militar. Del mismo modo que lo fue el consumo de drogas. En 1969, más de la mitad de los soldados consume marihuana. En el 71, más del 60% fumaba marihuana, y un 18,8% tomaba heroína, hachís u otras sustancias psicodélicas (Cortright, 2005, p. 20). El estrés y la depresión fruto del campo de batalla se combate mediante opiáceos, que se consumen al estilo de automedicación, pero al mismo tiempo como ritual de resistencia pasiva. Así lo recordaba el veterano Juan Ramirez:

Los fumadores de yerba eran usualmente conocidos como «heads» [...]. Muchas unidades se dividían en dos grupos de drogadictos: los bebedores y los «heads». A veces también había grupos pequeños de «slammers», o drogadictos de intravenosa; [...] Los marines «heads» no podían estar más atontados. Para ser sinceros, apenas recuerdo muchos de los nombres o apodos de esos chicos. Había un grupo de cinco de nosotros que hacíamos rituales de fumar hierba regularmente. (1993, pp. 71-72).

Los rituales de consumo de marihuana permitan reafirmar los lazos entre la tropa frente a la autoridad, transgredir las normas y forzar la resistencia pasiva. Los soldados podían consumir para ignorar una orden o evadir una misión. El periodista Richard Boyle lo recogía de este modo en su reportaje sobre los sucesos de la rebelión en la base de artillería Pace:

Para muchos de ellos el sargento vividor era el enemigo, no el campesino asiático de afuera [...] Por las tardes, soldados blancos y negros se reunían, fumaban yerba y charlaban. Los «heads» y los negros, los hombres del barracón, empezaban a juntarse. Los «lifers» están más asustados con lo que pasa dentro del campamento que de lo que hay fuera. (1972, p. 7).

Estos rituales realizados para combatir tanto la autoridad militar como la depresión y el alienamiento del soldado no serían los responsables de los problemas de drogadicción que sufrirían un sector de los futuros veteranos de guerra, relacionado con la alienación social, la pobreza económica y la desatención política que sufrirán los veteranos a lo largo de los años 70 y 80.

Medidas más radicales siguieron a estos elementos subculturales erigidos por la tropa. En la resistencia activa, el llamado «Fragging» se convirtió en una práctica muy recurrida para oponerse a la oficialidad. Llamado así por el habitual uso de granadas de fragmentación para aniquilar a oficiales, entre 1969 y 1970 el Ejército constató unos 563, y otros 363 entre 1970 y 1972 (Mosser, 1996, p. 48).

Ya fuera de forma individual o asamblearia, estos actos recuperan en sí un reavivado ideal de «ciudadano-soldado», un constructo ideológico existente

desde la Guerra de Independencia que ahora con Vietnam se reformula de modo más radical como la figura del combatiente de clase trabajadora que combate por la defensa de los derechos y la libertad del pueblo, no solo frente una tiranía extranjera, sino también contra la tiranía interior. En este caso, el poder represivo estaba representado por la oficialidad militar. Como escribió Mario Maffi, si por una parte se daba como supuesto el rechazo del joven licenciado o del estudiante con un historial más o menos largo de radicalismo, fue a su vez decisiva la experiencia del blanco pobre, del «reaccionario» por extracción social (1972, p. 179).

Mediante la acción directa, en especial colectiva, los soldados ponen en práctica el reclamo de los derechos de los que se ven privados en sus hogares, lo que Cortright bautizó como «Democracia de combate» (2005, p. 27). En zonas de mucha más alta conflictividad de combate como lo era la zona de Cu Chi y la frontera con Camboya, se produjeron diez motines a gran escalas. En uno de estos, protagonizado en octubre de 1971 por los soldados de las compañías Bravo y Delta de la base de artillería Pace cerca de la frontera con Camboya, los soldados se negarían a salir en misión alegando violar la ley internacional y denunciando los abusos del Ejército, la falta de material médico, la carente dieta y la represión de la justicia militar; acabaría con la clausura total de la base y la retirada de su tropa el 22 de octubre (*The 1st Casualty*, volumen 1, número 2, octubre 1971, pp. 1-3). Algunos de estos casos de *fraggings* serían protagonizados por soldados de minorías contra miembros de la oficialidad blanca. Antes de la clausura de la base Pace, el periodista Richard Boyle recogería uno de estos actos de violenta rebelión con el caso del soldado Doc Hampton. Este, tras sufrir un acoso y amenazas constantes de su sargento, acribillaría con un arma al suboficial para después suicidarse, como su «último acto de rebeldía» contra el estamento militar. (Boyle, 1972, p. 9).

Otra manifestación de la subcultura del combatiente de Vietnam en base a la desigualdad se observa a partir de sus otros dos fenómenos externos al teatro bélico: el asociacionismo y la prensa *underground*. Ya antes de 1968 y del gran impacto de la Ofensiva del Tet que disparó la desmoralización y la rebelión de la tropa, tiene lugar la organización política de reclutas siguiendo los mismos principios de la democracia del combate. Serán miembros de los primeros veteranos de combate que volvieron a Estados Unidos los que iniciarían junto a soldados no destinados a Vietnam una primera organización política en los cuarteles. Lo que se conocería como el *GI Movement*, fue la agrupación de este sector de clase obrera del Ejército en un movimiento de resistencia política y social que se convertiría en «el gran cáncer del aparato militar norteamericano» (Cortright, 2005, p. 27). El proceso daría su disparó de salida ya en 1966, con el caso de los «Tres de Fort Hood», donde tres reclutas: el cabo James Johnson, el soldado Dennis Mora y el soldado David Samas, originarios de barrios obreros de Nueva York y Chicago, se niegan a ser movilizados a Vietnam arguyendo que la guerra es inmoral, ilegal e injusta, añadiendo además que: «la mayoría de los

soldados no creen en la guerra pero se sienten atrapados y desamparados [...] No quieren luchar, no tienen razón para arriesgar sus vidas y no sienten que el movimiento pacifista se preocupe por su seguridad» («Fort Hood Three», *Fort Hood Three Defense Commite*, 1966, p. 4).

Rápidamente estos primitivos núcleos de oposición de la tropa empezaron a desarrollar algo más que una simple resistencia al autoritarismo e injusticias de la vida militar, dando a la resistencia de la tropa un fuerte sentido de clase obrera. Incluso, los grupos socialistas estadounidenses verán la

oportunidad de infiltrarse en las bases y conformar grupos políticos de resistencia, como hiciera el socialista Andy Dean Stapp, miembro del partido *Workers World Party*, quien se convertiría en uno de los principales enemigos de la institución militar al infiltrarse en Fort Dix creando un sindicato, la *American Servicemen Union* (ASU). La ASU pondría las bases de la resistencia antiguerra y la organización sindical de la tropa bajo la consciencia de clase obrera, llamando a la democratización de las fuerzas armadas, desde el derecho a desobedecer órdenes injustas e inmorales y el derecho a que los soldados escojan a sus oficiales, hasta la erradicación del racismo y el sexismo dentro del Ejército. La iniciativa de Stapp tuvo un muy notable éxito, con unos 6500 soldados miembros en 1969 presentes en 100 bases y 60 barcos repartidos alrededor del mundo, iniciando una tradición de resistencia en el Ejército que se conocería como el *Working-class peace movement* (Mosser, 1996, p. 91).

Mientras las *Coffehouses*, espacios de reunión libre fuera de las bases, ayudaban a reunir y construir órganos de resistencia bajo los principios definidos por Stapp, la literatura y el mundo de las publicaciones clandestinas se erigiría como la principal vía de expresión política del movimiento. Si el 23 de junio de 1967, Stapp publicaba el primer número de *The Bond*, en 1971 ya existirían 144 diarios y publicaciones clandestinas, y en 1972 ascendería a 259 (Cortright, 2005, p. 55). Escritos, editados e impresos, algunos de forma muy rudimentaria en las mismas bases o *Coffehouses*, que darían lugar a una oleada de prensa radical y satírica que no haría más que crecer entre 1968 y 1972, la conocida como *GI Press*. El *Strikeback* publicado en Fort Bragg, *The Agitator* de Portland, el *Pawn's Pawn* de Fort Leonard Wood, el *FTA* (siglas de «*Fuck the Army*») de Fort Knox, el *Lewis-McChord Free Press* de Fort Lewis, el *Fatigue Press* publicado en el Oleo Strut junto a Fort Hood, o el *Fed Up!* son algunos de los más populares publicados y distribuidos entre la tropa.

Uno de sus aspectos más interesantes es que relacionan, a partir de su experiencia, Vietnam y la desigualdad social y económica presente en la sociedad estadounidense, dando mucho énfasis a las minorías raciales estableciendo un paralelismo con el pueblo vietnamita:

Las gentes no blancas del mundo y de nuestro hogar están oprimidas, del mismo modo que los trabajadores, las mujeres, nosotros los soldados y muchos otros. La mayoría de la gente no tiene nada que perder y todo que ganar con su derrota. Sentimos que es nuestro deber luchar para luchar este sistema maligno de cualquier manera posible. [...] Continuaremos esta lucha contra el imperialismo estadounidense que nuestros hermanos y hermanas han empezado antes que nosotros. Lucharemos contra el uso de soldados como rompehuelgas, lucharemos contra el uso de soldados como cerdos contra motines, y nos opondremos a la agresión de Estados Unidos hacia otros países. (1973, Octubre; «Imperialism - The enemy», *GI Voice*, vol. 6, n. 10, p. 3).

Por supuesto, ese factor fue mucho más arraigado en colectivos de soldados resistentes de origen chicano o afroamericano. Uno de muchos ejemplos lo encontramos en el grupo *GI's United Against the War*, cuyos capítulos como el de la base de Fort Hood: «Empezó como un grupo compuesto por soldados negros y puertorriqueños. Adoptaron una exposición de objetivos declarando su soporte a la autodeterminación de los vietnamitas y los grupos del tercer mundo en Estados Unidos y declarando su intento de oponerse a la guerra de Vietnam» (1969, 20 Septiembre; «GI's United formed», *Counterpoint*, vol. 2, n. 15, p. 1).

Este movimiento, a pesar de su rápida difusión y su gran actividad y combatividad, careció de miedos suficientes para vertebrar una acción nacional efectiva. El testigo sería recogido de forma mucho más contundente en una acción definitiva a través de los veteranos de Vietnam, concretamente concentrada en la actividad de la organización *Vietnam Veterans Against the War*.

5. EL «CIUDADANO-SOLDADO» DE CLASE OBRERA: EL NUEVO ACTIVISMO DE VETERANOS

Cierto fue que, para un soldado desmovilizado, un veterano de guerra de unos 19 o 20 años recién llegado desde Vietnam, el impacto no solo sería psicológico. La guerra trajo una enorme crisis económica y descrédito político, y los veteranos, con sus heridas psicológicas y los visibles problemas de reinserción social y económica, se tornaron en símbolos de esa crisis, lo que el psicólogo William Ryan llamó «culpabilización de la víctima» (Brende y Parson, 1986, p. 72). Ante esa situación, muchos se sumergen en la alienación social. Era imposible producir ese retorno a casa, empezando por el empleo. Los medios de comunicación fueron clave para mostrar la realidad de la política militar estadounidense en Vietnam, pero también establecieron sobre cada joven el estigma peyorativo, equiparando a cada soldado con un teniente Calley y My Lai. Tras la guerra, 250.000 veteranos, todos entre edades de 21 y 29 años, se vieron en situación de desempleo (Schulzinger, 2006, p. 84). Los

empleos que podían obtener eran muy precarios y bajo sueldos mínimos, y en caso de solicitar ayuda a administraciones para obtener empleo o socorro médico, la Administración de veteranos o V. A. era más que inútil, en parte, debido a que los altos cargos eran controlados por miembros de las organizaciones conservadoras de veteranos de Estados Unidos como la *American Legion* o la *Veterans of Foreign Wars*.

Si en 1944 la *GI Bill* fue conocida como el *New Deal* de los veteranos ayudando a la reinserción de más de 12 millones de soldados, las nuevas leyes de reajuste tras el servicio de 1966 y 1971 fueron nada más que un simple formulismo carente de utilidad. Según el número de octubre de 1973 del periódico *Winter-soldier*, las *GI Bill* de 1966 y 1972 dejaron de proporcionar pagos de matrículas, libros y material; solo duraba 36 meses y sus extras solo proporcionaban unos 261 dólares para casados o 298 dólares para padres, más 18 dólares por niño adicional, algo que en total, comparándola con la de 1944, equivalía tan solo a 165 dólares (1973, Octubre; «Veterans' benefits?», *Winter-Soldier*, vol. 3, n. 8, p. 6). En su estudio sobre la *GI Bill*, Mark Boulton no solo constata que los beneficios eran menores en cantidad. Lo eran aún más en la calidad de educación y servicios que ofrecía, en parte, debido a que no solo mantenía a veteranos de combate, sino a todos y cada uno de los chicos que hicieron el servicio militar durante la era de Vietnam (2014, p. 9). Eso afectaría sobre todo a veteranos afroamericanos, chicanos y de otras minorías étnicas. Si con la *GI Bill*, muchos afroamericanos pudieron acceder a estudios, ahora en 1973 solo el 25% puede, en comparación con el 46% de los veteranos caucásicos (Boulton, 2007-2008, p. 57). Tampoco es casualidad que muchos veteranos, en particular afroamericanos, chicanos y puertorriqueños estén en esa situación y no reciban ninguna pensión del gobierno por haber sido licenciados con deshonor. Entre 1964 y 1972, 175.000 soldados recibirían ese tipo de licenciaturas, acusados siempre de insubordinación o alteración del orden (Starr, Henry y Bonner, 1973, p. 167). Si el 10% de la tropa de combate eran afroamericanos, entre 1968 y 1972 el 18,4% de estos serían sometidos a corte marcial militar y sometidos a licenciatura sin honores (Boulton, 2007-2008, p. 69). Eso significaba una sentencia de por vida, pues el Ejército dejaba marcado con un código en el expediente que el soldado estaba incapacitado para determinados puestos laborales en la vida civil. Drogas, motines, rebeldía o incluso homosexualidad eran motivos más que suficientes para recibir esa licenciatura, contra la que más de 4000 soldados intentaron apelar y solo un 3% lo lograron (Starr, Henry, Bonner, 1973, p. 180). Con todo y con eso, la *GI Bill* estuvo en constante peligro para aquellos pocos que lograban beneficiarse de ella. Nixon vetó todas las medidas para autorizar su expansión, como la *VA Health Bill of care*, con la que se pretendía aumentar el presupuesto y personal en hospitales, o confiscaba el dinero del Congreso destinado a proyectos de rehabilitación y educación de veteranos (Severo y Milford, 1989, p. 356).

La cicatriz psicológica, además de las físicas y las sociales, se hicieron de una sonoridad nunca antes vista en Estados Unidos. Los soldados que sirvieron en Vietnam vendrían con unos síntomas mucho más acentuados debido a las características de la guerra de contrainsurgencia y la juventud de la tropa, y palabras como síndrome «Post-Vietnam» se hacían populares en los medios. 1,5 millones de soldados presentaron síntomas tales como depresión continua, insomnio, pesadillas, *flashbacks*, manías persecutorias, ansiedad o ataques de rabia; el 60% de estos fueron tropa de combate. A esto se suma la etiqueta de perdedores y asesinos de niños, junto con el rechazo social derivado.

En muchos casos, la marginación producida por el gobierno y la sociedad sobre los excombatientes con heridas psicológicas producía una alienación mucho mayor y un sentimiento de hostilidad y violencia. Como Joanna Bourke trató en su obra *Sed de sangre* sobre la psicología y los mitos culturales de la violencia en combatientes, en el caso de Vietnam no se trazó una barrera que separase o justificase la brutalización psicológica a la que se somete el soldado (2008). La hostilidad social y el desamparo se vuelven igual de acechantes para estos heridos que el mismo enemigo vietnamita. El resultado es que la necesidad y la hostilidad hacia el ambiente represivo que para ellos representaba la sociedad llevó a un ascenso vertiginoso de la criminalidad. Según recoge Schulzinger, a finales de 1979 la criminalidad entre veteranos de Vietnam ascendería a 400.000 arrestos: 29.000 de ellos condenados a prisiones federales, 37.500 en libertad condicional, 250.000 en prisión preventiva y 87.000 a espera de juicio (2006, p. 102). Cuando en abril de 1971 uno de los héroes de guerra más famosos y condecorados en Vietnam, Dwight H. Johnson, que recibiera la Medalla de Honor del Congreso, muriera tiroteado cometiendo un atraco a una tienda de licores de Detroit, no solo significó que se estaba ignorando un serio problema para nada aislado, sino que además esa escena quedaría fijada como un arquetipo más que recurrente en todos los ámbitos de la sociedad.

A su vez, Schulzinger nos muestra cómo el índice de suicidios entre veteranos no hacía más que crecer. La prensa estimaba unos 150.000 suicidios cometidos durante los primeros cinco años tras el fin de la intervención estadounidense, mientras que organizaciones de veteranos clamaban una cifra de 500.000. Incluso a inicios de los años 80, la tasa de suicidios de ex combatientes seguía siendo un 25% mayor que la civil, con unos 9000 hombres que acabaron con su vida (2008, p. 85). Los especialistas Brende y Parson hablaban de una cifra de 49.000 fallecimientos de veteranos por causas no naturales, no solo suicidio, sino también sobredosis, altercados, accidentes laborales o problemas con la justicia, con una ratio de 800 muertes por año (Brende y Parsons, 1986, p. 101).

Aunque maximizado, la drogadicción continuó presente como problema entre veteranos. Si en 1969 un 60% de la tropa admitía consumir algún tipo de sustancia en calidad de auto medicación, en casa solo un entre un 5-10% padeció algún problema

de drogadicción, en especial con la heroína. En otros casos, fue la medicina militar quien proporcionaba a la tropa fármacos como la Clorpromazina o el Mellaril de forma experimental para acallar la psicosis y la ansiedad, drogas autorizadas que traerían de hecho serios problemas posteriores a la hora de procesar respuestas emocionales durante la reinserción social (Shephard, 2002, p. 352).

Aislados de la política y las grandes asociaciones de excombatiente, con un doloroso estigma de rechazo social y en una situación económica, los veteranos tomarían el relevó del languidecido *GI Movement* uniendo así la causa pacifista y la demanda de justicia social, empleando su figura como representantes y elemento simbólico de unión de ambas causas. Creada en 1967 por el veterano Jan Barry y otros, *Vietnam Veterans Against the War* consiguió reavivar la lucha pacifista uniendo a ella la causa y la visibilización del veterano marginado, exponiéndolo como una víctima más de la guerra y las políticas gubernamentales. A diferencia del *GI Movement*, nace después de la experiencia en Vietnam, precisamente por las complicaciones de una reinserción efectiva y las grandes dificultades tanto económicas como sociales. Partiendo de la desigualdad que les llevó a Vietnam, consiguen enlazar su experiencia con ambos mundos, con la guerra y los Estados Unidos. El gran objetivo que tomarán para ejemplificar su lucha será su ferviente resistencia contra la V. A. y los recortes de ayudas y pensiones. Precisamente, sería el deplorable estado de los hospitales de la V. A. y su escaso e ineficiente personal médico lo que llevó a Ron Kovic a replantearse su lucha y su sacrificio en Vietnam que le llevó a la parálisis de ambas piernas:

Estoy acostado sobre mis propios excrementos y nadie viene. [...] He estado dando gritos casi durante una hora, y al final un auxiliar se acerca. Asoma la cabeza por la puerta, burlándose y riéndose. «Soy un veterano de Vietnam y tengo derecho a que se me trate decentemente», le digo. «Vietnam» dice en voz alta el auxiliar. «Vietnam no significa nada para mí ni para ninguno de los otros. Vete al diablo con tu Vietnam». (Kovic, 1990, p. 113).

Tan solo la desesperación y la falta de recursos económicos les lleva a acudir a esos centros en los que tan solo recibían gratuitos pero indiferentes y precarios diagnósticos junto con cantidades de fármacos sedantes. Será a partir de 1970 cuando al fin, configurado y organizado a nivel nacional ese activismo pacifista de clase obrera, cuando se producirán los grandes eventos que harán visible la causa de los excombatientes. En sus dinámicas de movilización se encontrarán aspectos y rituales heredados de la contracultura combinados con otros símbolos como la silla de ruedas, prótesis, guerreras y condecoraciones bélicas, únicos elementos obtenidos tras su servicio y representantes de su condición.

Serán en ese sentido dos los sucesos marcarán esa nueva trayectoria del activismo pacifista de clase obrera. En primer lugar, se produjo en 1970 la Operación

RAW (siglas de *Rapid American Withdrawal*), proyectada como una respuesta al bombardeo de Camboya y a los asesinatos de 4 estudiantes en Kent State por la Guardia Nacional. Vistiendo su vieja ropa militar, los veteranos procederían a marchar por las calles recreando operaciones de *search and destroy*, usando a otros actores que simulaban civiles vietnamitas, portando rifles M16 de juguete, mientras repartían octavillas donde informaban a los transeúntes de los crímenes que habían estado llevando a Vietnam de mano de la política norteamericana (Hunt, 1999, p. 54).

El segundo paso se haría en Detroit el 31 de enero de 1971. Con la colaboración de la *Citizen Commission of Inquires* y la ayuda de activistas como Jane Fonda, Donald Sutherland o Mark Lane, se puso en marcha la *Winter Soldier Investigation*. Reuniendo a veteranos de Vietnam en esa ciudad, símbolo de la clase obrera norteamericana, se propuso un espacio en que pudieran relatar sus testimonios sobre crímenes cometidos durante la guerra. Justo dos años después de terremoto que levantó My Lai, los propios excombatientes anunciaban de primera mano que lo que ocurrió en aquella aldea no era un suceso aislado. A partir de esos dos episodios se percibe la creciente radicalización de esa organización cada vez más cercana a la izquierda. Según David Hunt, el 70% de los miembros se consideraba a sí mismo radical en lo concerniente a lo político, social y económico (1999, p. 96). Esa radicalización en términos de clase aumentaría la represión indiscriminada de las fuerzas de seguridad sobre el colectivo de los ex-combatientes, desde uso de la violencia hasta falsas acusaciones de consumo de drogas, terrorismo o tráfico de armas.

Este auge de la movilización de excombatientes desembocó la marcha de Dewey Canyon III en Washington en abril de 1971, gran acto multitudinario con apoyo del *GI Movement* de Fort Bragg, miembros de colectivos pacifistas y familiares de soldados fallecidos. Aquel acto contrarrestaba la imagen de los sindicatos obreros guiados por el gobernador George Wallace, apaleando a manifestantes universitarios en Nueva York, a la vez que se adoptaban nuevos patrones simbólicos, producto de las contradicciones derivadas del contexto de la guerra y clase. Cuando tras el éxito de la manifestación de Dewey Canyon III la organización publique el primer número de su periódico *The 1st Casualty*, *VVAW* se identificó como un grupo de izquierdas pacifista compuesto en su mayoría de veteranos blancos de clase trabajadora y media, desmarcándose del Movimiento pacifista juvenil anterior que: «nunca fue capaz de identificarse de forma efectiva con el Movimiento del Tercer Mundo porque no se había enfrentado de forma seria con la lucha con mucha palabrería liberal y poca acción» (1971, Agosto; «Spirit of the First Casualty», *The 1st Casualty*, Vol. 1, n. 1, p. 3).

Se definen en otro número, los veteranos son los verdaderos indicados para dirigir y encabezar la protesta, ya que «como miembros de las fuerzas armadas estamos en pleno conocimiento de los efectos reales del imperialismo americano

y el neocolonialismo. Lo hemos visto de primera mano en forma de cuerpos desmembrados, mentes torturadas, marionetas del gobierno y una sociedad trastornada» (1972, Julio; «Come to Miami», *The 1st Casualty*, Vol. 2, n. 1, p. 7).

A partir de 1972, tras el último gran acto multitudinario de la VVAW en Miami, la imagen del «ciudadano soldado» reinventado por la contracultura empieza a decaer con la progresiva retirada militar del sureste asiático. Aunque la organización persista y su actividad continua en el mismo camino, su impacto en la sociedad y los medios no tendrá el calado suficiente. Habían tenido su momento, pero con el fin de la guerra y la disgregación de la subcultura juvenil, la imagen del *Citizen-soldier* VVAW continuará, pero su actividad, aunque persistente, quedara difuminada por la fragmentación de sus miembros.

6. «THE SAY CUT BACK, VETS SAY FIGHT BACK»: LA LUCHA DE LOS VETERANOS POR POLÍTICAS SOCIALES

Cerrado el frente de Vietnam, el frente de desigualdades sociales en combatientes de clase trabajadora y minorías, en especial aquellos afectados por las dolencias físicas y psíquicas, se expandían más aún y se tornarían el aspecto final definitorio de la cultura de la desmovilización. Cuando el ex marine condecorado Bob Muller, en silla de ruedas desde abril de 1969, escribió demandando más beneficios para veteranos al secretario de estado Henry Kissinger, en ninguna de las cinco ocasiones recibió respuesta. Mientras, Nixon recortaba la *GI Bill* y vetaba la *VA. Health Bill of Care* que proponía aumentos de presupuesto para hospitales, personal y programas de rehabilitación aludiendo que era fiscalmente irresponsable e inflacionaria:

¿Puedes entender lo que hace oír eso para alguien como yo? Fui oficial del cuerpo de marines, era mi rutina gastar millones de dólares en matar gente, y fue herido en el proceso, llego a casa y ahora el gobierno me dice es irresponsable e inflacionario gastar dólares en sanidad en un hospital, que no puedo obtener una GI Bill como los veteranos de otras guerras, que no puedo acceder a un programa de empleo. [...] esos chicos que vieron interrumpida su vida por uno, dos, tres, cuatro años, y ahora no pueden acceder a la GI Bill. Los veteranos son veteranos. Las balas son balas, son las mismas en Europa que en Saigón. Pero ahora el veterano no es veterano, es algo diferente. Simplemente no estamos ahí. (Pilger, 1981, ATV).

El panorama se recrudeció durante el mandato de Gerald Ford y pronto los titulares advirtieron de los pasos se estaban llevando a cabo: «Ford pide Congreso poner fin a los beneficios: la GI. Bill bajo ataque». El presidente aprobaba así en junio de 1975 el recorte de las pensiones y beneficios a veteranos amparándose

en que históricamente «el gobierno no daba esas ayudas en tiempos de paz». Se recortaba así un incremento del 20% en ayudas. Para estos, la Administración de Veteranos habían evolucionado hasta convertirse en «un monstruo en expansión de ineficiencia y hostilidad hacia los vets de la era de Vietnam» (1975, Junio-Julio; «Unite to fight GI Bill cutbacks», *Winter soldier*, vol. 5, n. 5, p. 5).

No sería hasta 1977, con la popularización de la teoría del estrés postraumático y todo el carrusel mediático que llevó consigo, que el presidente Carter diera un primer paso institucional en pos de la situación de los combatientes desmovilizados, poniendo frente a la Administración de Veteranos a Max Cleland, excombatiente paralítico de Vietnam. Poco después en 1979, con apoyo del Congreso autorizaría la creación de *Vietnam Veterans Outreach Program*. Con ello no solo se reconocían oficialmente los acentuados problemas económicos y sociales de un sector que se había visto enrolado en una guerra y hay vuelto de ella herido y marginado. También se intentaba poner fin a 10 años de recortes, mala gestión y desigualdad. Sin embargo, como sus antecedentes, la administración Carter demostraría no ser efectiva en su gestión. De 52.000 pacientes, solo 10.700 fueron atendidos de forma efectiva, el índice de suicidios derivados de trastornos y malas condiciones de vida ascendió un 25% (Schulzinger, 2006, p. 83), y no se concedió ninguna mejora en relación a la *GI. Bill* y las licenciaturas con deshonor que excluían de esos servicios, donde incluso se les niega el reconocimiento a ser enterrados en cementerios nacionales o el derecho a portar el uniforme (1977, Noviembre; «Discharges and Vets benefits», *The Veteran*, vol. 7, n. 5, p. 2).

7. CONCLUSIONES

En escasas ocasiones, el aspecto de la desigualdad dentro del campo de la historia social, la guerra ha sido representada o trabajada en profundidad, y en el caso de Vietnam y la sociedad estadounidense no lo fue hasta los años 90, con las líneas iniciadas por Appy, Young o Mosser.

Vietnam nos sirve así para formular el término «culturas de desmovilización», marco de análisis que podríamos aplicar a otros conflictos similares, definidos por características como una sociedad juvenil que convive en un contexto de movilización bélica, explosión o tendencias subculturales incipientes, y muy en especial, una profunda y explícita desigualdad en términos sociales, económicos y políticos. Se crea así una categoría de análisis amplia, y no por ello siempre homogénea, pero que recoge unos principios clave, los cuales crean las contradicciones, respuestas y símbolos que construirán esa subcultura de la desigualdad en base a la idea de comunidad interpretativa. No se trata solo de combatientes devueltos a la vida civil con problemas de readaptación a la vida laboral y familiar, sino que es cuestión de observar quiénes son movilizados, bajo qué circunstancias y qué actitudes y

qué respuesta genera en este grupo. Por tanto, como hemos visto, esta cultura de la desmovilización en base a la desigualdad vendría demarcada por el factor adolescente, de clase y racial. Hay que ir más allá de analizar las deficientes políticas sociales para veteranos de guerra en un contexto de paro, rechazo y descrédito social, siendo igual de importante y necesario observar el desequilibrado sistema de reclutamiento, las deficiencias del sistema de educación y prorrogas, los focos de reclutamiento, la composición y origen social y racial de la tropa, a su vez que lo relacionamos con sus respuestas, ya sea mediante la revuelta o mediante la apropiación de elementos simbólicos culturales.

En cualquier caso, esto nos sirve para señalar que en el estudio de sociedades en conflicto y en su transición a la fase de posguerra, en lo que sería la construcción social y cultural de una experiencia del combatiente, son clave tanto el contexto político y cultural que lo envuelve como los elementos sociales que definen a los sujetos de análisis.

8. GI PRESS

Counterpoint, volumen 2, número 12, 2 Junio 1969.

Counterpoint, volumen 2, número 14, 7 Agosto 1969.

Counterpoint, volumen 2, número 15, 20 Septiembre 1969.

Fed Up!, volumen 1, número 15, 15 Abril 1970.

Fed Up!, 28 Abril 1971.

Lewis-McCord Free Press, volumen 2, número 1, Enero 1971.

Lewis-McCord Free Press, volumen 3, número 1, Julio 1971.

Lewis-McCord Free Press, volumen 6, número 3, Febrero 1973.

Lewis-McCord Free Press, volumen 3, número 1, Agosto 1973.

The 1st Casualty, volumen 1, número 1, Agosto 1971.

The 1st Casualty, volumen 1, número 2, Octubre 1971.

The 1st Casualty, volumen 2, número 1, Julio 1972.

The 1st Casualty, volumen 3, número 2, Abril 1973.

Winter-Soldier, volumen 3, número 8, Octubre 1973.

Winter-Soldier, volumen 3, número 7, Septiembre 1973.

Winter-Soldier, volumen 5, número 1, Enero 1975.

Winter soldier, volumen 5, número 5, Junio-Julio 1975.

Winter-soldier, volumen 5, número 6, Octubre 1975.

Winter soldier, volumen 6, número 1, Marzo-Abril 1976.

Winter-Soldier, volumen 6, número 5, Octubre 1976.

The Veteran, volumen 7, número 3, Junio 1977.

The Veteran, volumen 7, número 5, Noviembre 1977.

The Veteran, volumen 13, número 2, Abril-Mayo 1978.

The Veteran, volumen 8, número 2, Verano 1978.

The Veteran, volumen 11, número 4, Diciembre 1981.

The Veteran, volumen 13, número 2, Abril-Mayo 1983.

9. AUDIOVISUALES

Laurence, J. (1970). *The world of Charlie Company*. CBS News.

Laurence, J. (1976). «The Viet Nam War, capítulo número 6. Saigon and Hue», dentro de *The Viet Nam War with Walter Cronkite*. CBS News.

Pilger, J., Denton, C. (1970). Vietnam: the quiet mutiny. *World in Action*. ITV.

Pilger, J. (1981). *Heroes*. ATV.

Strick, J. (1970). *Interview with My Lai veterans*. Joseph Strick.

10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appy, C. G. (2015). *American Reckoning, the Vietnam War and our national identity*. New York: Viking,
- Appy, C. G. (1993). *Working-class war. American combat soldier and Vietnam*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Barker, M. (1988). *Nam*. Suffolk: Abacus,
- Bonior, D. E.; Champlin, S. M.; Kolly, T. S. (1984). *The Vietnam veteran. A history of neglect*. New York: Praeger.
- Boulton, M. (2014). *Failing our veterans. The G.I. Bill and the Vietnam generation*. New York: New York University Press.
- Boulton, M. (2007-2008). How the GI Bill failed African-Americans. *Journal of blacks in higher education*, 58.
- Bourke, J. (2008). *Sed de sangre: Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Bradley, D.; Werner, C. (2015). *We gotta get out of this place: The soundtrack of the Vietnam War*. Boston: University of Massachusetts Press.
- Brende, J. O.; Parson, E. R. (1985). *Vietnam veterans. The road to recovery*. New York: Plenum Press.
- Buzzanco, R. (1999). *Vietnam and the transformation of American life*. Massachusetts: Blackwell.
- Cantor, N. (1973). *La era de la protesta: Oposición y rebeldía en el siglo XX*. Madrid: Alianza.
- Caputo, P. (2009). *Un rumor de guerra*. Barcelona: Inédita.
- Caputo, P. (1987). *Indian Country*. London: Arrow Books.
- Cortright, D. (2005). *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War*. Chicago: Haymarket Books.

- Draper, T. (1972). *El nacionalismo negro en Estados Unidos*. Madrid: Alianza.
- Degroot, G. J. (2000). *A noble cause? America and the Vietnam War*. London: Longman.
- Degroot, G. J. (2008). *The 60's Unplugged: A kaleidoscopic history of a disorderly decade*. London: Macmillan.
- Doggett, P. (2008). *There's a riot going on: Revolutionaries, rock stars and the rise and fall of '60s counter-culture*. Edinburgh: Canongate.
- Ebert, J. R. (2004). *A life in a year. The American infantryman in Vietnam*. New York: Presidio Press.
- Ehrhart, W. D. (1995). *Busted: A Vietnam Veteran in Nixon's America*. Boston: University of Massachusetts Press.
- Ehrhart, W. D. (1989). *Passing Time: Memoir of a Vietnam Veteran Against the War*. New York: McFarland & Company.
- Franklin, H. B. (2012). *Vietnam y las fantasías norteamericanas*. Buenos Aires: Final Abierto.
- Gardner, L.; Young, M. (2008). *Iraq and the lessons of Vietnam. Or how not to learn from the past*. New York: The New Press.
- Gitlin, T. (1994). *The sixties, years of hope, days of rage*. New York: Banta
- Groom, W. (1978). *Better times than these*. Ontario: Totem Books.
- Haldeman, J. (1995). *1968*. New York: Avon Books.
- Haldeman, J. (2013). *La guerra interminable*. Barcelona: Ediciones Zeta Bolsillo.
- Hallin, D. C. (1989). *Uncensored War, the media and Vietnam*. Los Angeles: University of California Press.
- Harris, M. (1994): *La cultura norteamericana contemporánea*. Madrid: Alianza.
- Hebdige, D. (2004). *Subcultura*. Barcelona: Paidós.
- Heinemann, L (1988): *La historia de Paco*. Barcelona: Ediciones B.

- Heinemann, L. (2005). *Black Virgin Mountain*. New York: Doubleday.
- Hoskins, A. (2004). *Televising war: from Vietnam to Irak*. London: Bloomsbury Academic.
- Hunt, D. (1999). *The turning, a history of VVAW*. New York: New York University Press.
- Kindsvatter, P. S. (2003). *American soldiers. Ground combat in the World Wars, Korea and Vietnam*. Lawrence: University Press of Kansas.
- Kinney, K. (2000). *Friendly fire. American images of the Vietnam War*. New York: Oxford University Press.
- Kordb, L. J.; Duggan; S. E.; Juul, P. M.; Bermann; M. A. (2009). *Serving america's veterans: a reference handbook*. Santa Barbara: Greenwood publishing group.
- Kovic, R. (1990). *Nacido el 4 de julio*. Barcelona: Emece.
- Lawrence, M.; Strauss, W. A. (1978). *Chance and circumstance. The draft, the war and the Vietnam Generation*. New York: Alfred A. Knopf Inc.
- Lee, M. A.; Shlain, B. (2002). *Sueños de ácido: Historia social del LSD*. Barcelona: Castellarte.
- Lewes, J. (2003). *Protest and survive. Underground GI Newspapers during the Vietnam war*. Westport: Praeger Publishers.
- Lewis, P. (2013). *Hardhats, hippies, and hawks: The Vietnam antiwar movement as myth and memory*. New York: Cornell University Press.
- Louvre, A.; Walsh, J. (eds.) (1988). *Tell me lies about Vietnam, cultural battle for the meaning of the war*. Philadelphia: Open University Press.
- Maffi, M. (1975). *La cultura underground*. Barcelona: Anagrama.
- Marlantes, K. (2009). *Matterhorn*. New York: Atlantic Monthly Press.
- Marlantes, K. (2011). *What is like to go to war*. London: Corvus.
- Martin, A (1993). *Receptions of war. Vietnam and the American culture*. University of Oklahoma Press.

- Mosser, R. (1996). *The new Winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War*. New Jersey: Rutgers University Press.
- Napoli, P. F. (2013). *Bringing it all back home: An oral history of New York city's Vietnam veterans*. New York: Hill and Wang.
- Neale, J. (2003). *A people's history of Vietnam War*. New York: Free Press.
- Nelson, D. (2008). *The War behind me. Vietnam veterans confront the truth about U.S. Crimes*. New York: Basic Books.
- Nicosia, G. (2001). *Home to War: A History of the Vietnam Veterans Movement*. New York: Crown.
- O'Brien, T. (2006). *If I die in combat zone*. London: Harper Perennial.
- O'Brien, T. (1999). *Going after Cacciato*. New York: Broodway books.
- O'Brien, T. (2011). *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*. Barcelona: Anagrama.
- O'Brien, T. (1994). *En el lago de los bosques*. Barcelona: Anagrama.
- Oropeza, L. (2005). *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era*. Los Angeles: University of California Press.
- Reinberg, L. (1991). *In the field: The language of the Vietnam War*. New York: Facts on File.
- Rorabaugh, W. J. (2005). *Kennedy y el sueño de los sesenta*. Barcelona: Paidós.
- Roszak, T. (2005). *El nacimiento de una contracultura*. Barcelona: Kairós.
- Rowe, J. C.; Berg, R. (1991). *The Vietnam war and the American culture*. New York: Columbia University Press.
- Schmitz, D. F. (2005). *The Tet Offensive, Politics, war and public opinion*. Lanham: Rowman & Latfield Publishers.
- Schulzinger, R. D. (2006). *A time for Peace. The legacy of the Vietnam war*. New York: Oxford University Press.

- Severo, R.; Milford, L. (1990). *Wages of war*. New York: Touchstone.
- Shephard, B. (2002). *War of nerves. Soldiers and psychiatrists 1914-1994*. London: Pimlico.
- Spann, E. K. (2003). *Democracy Children. The young rebels of the 1960s and the power of ideals*. Wilmington: Scholarly Resources Inc.
- Stacewicz, R. (1997). *Winter soldiers. An oral history of Vientam Veterans Against the War*. Chicago: Haymarket Books.
- Stanford, K. L. (2008). *If We must die: African American voices on war and peace*. Maryland: Rowan and Littlefield.
- Starr, P.; James, H.; Bonner, R. (1973). *The discarded army: veterans after Vietnam*. New York: Charterhouse.
- Terry, W. (1985). *Bloods. Black Veterans of the Vietnam War: An Oral History*. New York: Presidio Press.
- Trujillo, C. (2000). *Soldados: Chicanos in Viet Nam*. California: Chusma House.
- Turse, N. (2013). *Kill anything that moves. The real American war in Vietnam*. New York: Metropolitan Books.
- Uhl, M.; Ensign, T. (1980). *GI Guinea pigs. How the Pentagon exposed our troops to dangers more deadly than war*. New York: Wideview Books.
- Webb, J. (2001). *Lost soldiers*. New York: Random House.
- Westheider, J. (2008). *The African American experience in Vietnam*. Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers.
- Wiest, A. (ed.). (2006). *Rolling Thunder in a gentle Land. The Vietnam War revisited*. Oxford: Osprey Publishing.
- Ybarra, L. (2004). *Vietnam Veteranos: chicanos recall the war*. University of Texas Press.
- Young, M. B. (1991). *The Vietnam wars 1945-1990*. New York: Harper Perennial.